Y abre sus labios el monje grave
Y en suplicante tono murmura,
Mirando al ave que vuela esquiva:
Mientras yo viva
Cántame así.»

El asombro del monje al bajar al convento, sin que reconozca á ninguno de sus hermanos ni ser de ellos reconocido; su estupor al comprender que lo que él ha juzgado una mañana, un día á lo sumo, ha sido en realidad un siglo; su confusión al recordar sus dudas y confesar su error, todo está perfectamente descrito en sonoros versos por el poeta. Merecía este cuento ser más popular de lo que es actualmente; y se me figura que lo sería, si la escena se hubiera colocado en España en vez de los alrededores de Olmutz.

VII.

ES tiempo ya que hablemos de las poesías *políticas* de Roa Bárcena. Citaré tres, pertenecientes á tres diversas épocas de nuestra historia, pero todas escritas en el período que he querido llamar de las esperanzas é ilusiones del vate. Como los episodios á que alude se van borrando ya de la memoria de la generación presente, antes de copiar los versos, es preciso refrescar las paginas de la historia.

«Recuerdos de la invasion Norte-Americana.—Alcalde y García.» Tal es el título de una elegía escrita en 1847, á la memoria de dos valientes oficiales, fusilados por el invasor, en Jalapa. El autor tuvo presentes al escribirla las Elegías al *Dos de Mayo*, de Arriaza y de Gallego, y vió en sus héroes á otros Daoiz y Velarde. Antes de leer sus versos repasemos lo que más tarde escribió en prosa el mismo Roa Bárcena sobre este trágico suceso *(Recuerdos de la invasión Norte-Americana, capítulo XX,* 1883).

«Por el 19 ó 20 de Noviembre de 1847, una partida volante norte-americana cayó á inmediaciones de Jalcomulco sobre alguna de las guerrillas de Rebolledo y aprehendió y trajo á Jalapa al expresado coronel, al teniente del 11° regimiento de infantería D. Ambrosio Alcalde, al teniente D. Antonio García, etc. . . . . Comparecieron ante una comisión militar que empezó á juzgarlos sumariamente, y hallando que García y Alcalde en la capitulación de Veracruz empeñaron palabra de no empuñar de nuevo las armas hasta ser canjeados, condenó el 23, á muerte, á estos dos oficiales . . . . .

«Los parientes de Alcalde dieron pasos inmediatamente en solicitud de que se conmutara la pena á aquel joven y á su compañero de infortunio . . . . . Una comisión del Ayuntamiento, compuesta del alcalde primero, de los regidores y del síndico *D. José María Rodríguez Roa,* obtuvo larga y cordial audiencia del General Patterson, aunque sin lograr su objeto . . . . . Patterson repitió su primera respuesta y agregó que la sentencia era justa, porque *se había probado á los reos su perjurio;* que el perdón en aquellas circunstancias sería perjudicial á los mismos mejicanos, porque en los combates subsecuentes no se daría cuartel á los primeros, sabiéndose que *podían quebrantar impunemente su palabra, etc.* . . . . . .

«Los dos oficiales se confesaron en la noche. A otro día muy temprano recibieron la sagrada comunión, y en seguida las visitas de sus parientes y amigos. Ambos oficiales estaban serenos y resignados; se afeitaron y vistieron de riguroso uniforme; se desayunaron frugalmente, y Alcalde se hizo retratar por el pintor Castillo. Díjome que le enviara alguna pieza de ropa, y *nunca olvidaré* su voz dulce y tranquila, ni su apretado abrazo de despedida hasta la eternidad . . . . . Alcalde, sólo á instancias del sacerdote, se dejó vendar los ojos; y en pie, y victoreando á Méjico recibió, en unión de García, la descarga de los rifles norte-americanos . . . . . .

«Aquellos ensangrentados cadáveres, á los ojos del pueblo, que generalmente no discurre *con otra lógica que la del corazón,* no eran de oficiales que expiaron la violación de su palabra, sino de firmes defensores de la independencia inmolados por el enemigo extranjero. El aspecto de uno y otro le llenó de dolor y le imflamó en ira al mismo tiempo. ¿No eran dignos de envidia los que con las armas en la mano se habían lanzado á montes y caminos, abandonando la quietud y seguridad del hogar y luchando con la miseria y la muerte?»

Estos sentimientos que atribuye Roa al pueblo en general, eran evidentemente los suyos propios; y con *la lógica del corazón,* prorrumpió en los fúnebres acentos que vamos á admirar.

«Hieren cánticos fúnebres el viento;
Marcha con paso grave el sacerdote;

Retratado en su rostro su tormento
El pueblo va también.
«Lágrimas nublan los turbados ojos,
Sollozos lanzan los rasgados pechos,
Y en sollozos y lágrimas deshechos
Unos á otros se ven.
«Allí dos ataúdes que en sus hombros
Conduce reverente el ciudadano,
Las víctimas contienen que *el tirano*
Feroz sacrificó.
«Ya dejaron el templo do sus preces
Por los que fueron el mortal levanta:
Guía la muchedumbre ya su planta
Al yerto panteón.
«¡Sombras ilustres! Alzaos
De vuestro fúnebre lecho;
Mostrad el sangriento pecho
A la oprimida nación;
Que en pago os enseñaremos
Cuantos tras vosotros vamos,
Cómo, á nuestra vez, llevamos
Desgarrado el corazón.
. . . . . .
«Verted llanto, vertedlo, ciudadanos
En derredor del túmulo sangriento:
El invasor con depravado intento
A ellos la palma del martirio dió.
A nosotros las lágrimas nos quedan;
A ellos les queda en galardón su gloria:
A nosotros *impresa en la memoria*
La sangre que el patíbulo regó.
. . . . . .

«Dormid en paz vuestro sueño
Mientras seguimos luchando,
De ir *nuestro honor restaurando*
Llevados por el empeño.
. . . . . .
«Y á fe que al morir llorados
Sed de venganza dejáis
Que en la memoria quedáis
De todo un pueblo grabados.»

Soy yo quien he subrayado las frases que van impresas en cursiva, para que se vean los motivos que indujeron á Roa á afiliarse en el partido conservador primero y en el imperialista más tarde. Oponer un dique á la ambición de la República vecina, era su pensamiento dominante. Evitar, aun á costa de los mayores sacrificios, que se repitieran escenas como las que desgarraron su juvenil corazón, era el deseo constante de su vida. Como, aun antes del fin de la guerra los acontecimientos tomaron un rumbo que no presagiaba el cumplimiento de sus aspiraciones, quizá por ésto no hay en la composición á la memoria de Alcalde y García el fuego que en las elegías *al Dos de Mayo* que tomó por modelo. Si se hubiera prolongado su vida hasta este año de gracia de 1911 en que las huestes de los Estados Unidos se desplegan amenazadoras en nuestras fronteras, mientras sus escuadras vigilan nuestras costas, quizás en un arrebato parecido al de Moisés, habría hecho pedazos su infructuosa elegía.

Terminada la guerra extranjera siguió la guerra civil que al cabo de pocos años degeneró en persecución religiosa. Esta le arrancó la siguiente fervorosa plegaria (1856):

«No permitas, Señor, que en los altares
Donde te dieron culto mis abuelos,
Donde hallaron alivio á sus pesares
Y á cuyo pie sus miembros fatigados,
Cuando la vida huyó cual humo leve
Durmieron confiados
De tu piedad bajo la augusta sombra,
Vengan estraños dioses á erigirse,
Dioses que con horror el labio nombra!
Ampárenos tu fe cual tienda fuerte
Plantada en las llanuras del desierto,
Y haz que su brillo santo
De faro bienhechor nos sirva en tanto
Que del sepulcro vamos hacia el puerto.»

Había transcurrido apenas un año, cuando pareció que el Señor habia escuchado su oración. Surgió de repente joven caudillo que en una serie de brillantes batallas derrocó en pocos meses el poder existente, y paseó su pendón victorioso por casi toda la República. Se preparaba á dar el golpe de gracia cuando la muerte lo detuvo en su marcha gloriosa. Una fiebre alevosa lo arrebató á la Iglesia y á la Patria en San Luis Potosí, el 18 de Junio de 1858. Su nombre era Luis Gonzaga Ossollo.

Solemnes funerales honraron su memoria en la Catedral de Méjico; y mientras el Canónigo (después Obispo) Ormaechea pronunciaba con insólito fuego su oración fúnebre, inscripciones poéticas, obra de Roa, conmemoraban sus hazañas en el suntuoso catafalco. Poetas de diversos calibres lo lloraron en flébiles versos, y entre ellos sobresalió Roa Bárcena en una magnífica elegía calcada sobre la de Manzoni á la muerte de Napoleón.

Ya he dicho en otra parte que esta obra maestra de la musa italiana arrebató por muchos años y en diversas épocas la admiración de los poetas españoles é hispano-americanos, muchos de los cuales intentaron traducirla, con éxito que no correspondió á sus gigantescos esfuerzos. Roa tuvo mejor inspiración. Su instinto le dijo que la oda *El Cinco de Mayo* era intraducible, y aguardó la ocasión de imitarla, que muy pronto se le ofreció.

«Tendido está el guerrero
En lecho funerario,
Y en su desnudo acero
Brilla el reflejo vario
Del cirio que consúmese
De su ataúd al pie.
Sólo en el pecho muestra
Una crispada mano,
Porque perdió la diestra
En el sangriento llano,
Sostén del voto público,
Soldado de la fe.»

No iguala este principio al *Ei fù* de Manzoni, como tampoco el héroe mejicano iguala al gran Emperador; pero hay un rasgo que le supera y que el vate italiano le envidiaría. Esa *única mano* que se apoya en el pecho del glorioso cadáver, y la alusión á la pérdida de la otra en el campo de batalla, son verdaderamente sublimes, y hacen vibrar las cuerdas de nuestro corazón, aun después de tantos años y de tantas desgracias.

«Nunca en sus gratos dias
Le saludó mi acento:
Sus glorias fueron mias,
Suyo mi pensamiento:
Estremecióme el júbilo
Al verle vencedor.
Y ora á su yerta frente
Que el fuego del combate
Ya no ilumina ardiente,
Un lauro ciñe el vate
Y riégalo con lágrimas
Que le arrancó el dolor.»

No puede negarse que esta estancia está vaciada en el molde de la segunda de Manzoni; pero á mi juicio es superior. El vate que en silencio sigue á su ídolo en sus combates y victorias, sin proferir una palabra de adulación aunque considere como propias sus glorias y sean idénticos sus principios, es más digno de admiración que el espectador indiferente cuya musa «virgen de servil encomio y de cobarde ultraje» ve sin

conmoverse la doble caída y doble elevación de su héroe de última hora.

«No así le he visto cuando,
A la cabeza puesto
Del valeroso bando,
Ante la muerte enhiesto,
Vibró el acero fúlgido
Con noble intrepidez.
Su ronca voz sonaba
Entre el tambor y el trueno
Del bronce que estallaba;
Y su ademán sereno
Dió á los soldados ánimo
Y ejemplo dió á la vez.
«Al ver el brillo intenso
De su mirada dura,
Su pecho alzado, extenso,
De roble su estructura,
Sus movimientos de águila,
Sus garras de león,
Nadie pensar pudiera
Que dentro una alma había
De rectitud severa,
Mas entusiasta y pia,
Que unió al valor indómito
De niño el corazón.»

No era posible igualar con las gloriosas campañas de Napoleón, la breve expedición triunfal del joven caudillo que, á falta de espada que ya no podía blandir con el mutilado brazo, llevaba él mismo el clarín

con que daba sus órdenes y animaba á sus improvisadas huestes. Inferiores, por tanto, á las correspondientes del *Cinco de Mayo,* son estas estancias. Pero hay un rasgo que algo habría dado Manzoni por poder aplicar á su héroe. Cuando Ossollo sintió acercarse la muerte, sosteniendo con la descarnada mano una imagen de la Virgen concebida sin mancha, le dirigió con voz anhelosa esta ferviente plegaria: «Madre mía, sin ningún interés ni aspiración, he defendido los derechos de mi patria y los de tu Hijo: ahora á ti te corresponde pedirle que me lleve á Su reino.» De Napoleón sólo pudo decir Manzoni que «inclinó la frente al deshonor del Gólgota.» A Ossollo pudo aplicar Roa las siguientes palabras con que termina su espléndida elegía:

«Tendido está, y en vano
Suena el clarín agudo,
Y se encabrita ufano
Listo el corcel nervudo,
Y el humo de la pólvora
Llega á su misma faz.
No inspira ya su gloria
A sus contrarios miedo:
Después de la victoria,
Cual otro Godofredo,
Bajo la cruz entrégase
Al sueño de la paz.»

Esta es una de las más bellas poesías salidas de la pluma de Roa. Si hubiera sido profeta, ó, por lo me-

nos, si años después hubiera querido presentarse como tal, ¡qué bellas estrofas habría podido añadirle! Mejor morir arrullado por la victoria, (habría podido decirle), que como tus compañeros de armas, quién en el Cerro de las Campanas, quién después de languidecer largos años en trabajoso destierro, quién quemando incienso á los ídolos que antes despreciara.» Tomando un giro más optimista, podría haberlo soñado caminando de victoria en victoria, y empuñando con mano firme por largos años las riendas del gobierno, sin que se pensara en apelar á la intervención extranjera, ni ofrecer el cetro de Méjico á un Príncipe *sin alto don de imperio,* como más tarde cantó el desengañado vate.

Pero se recurrió á la intervención, vino el Imperio; y descollando Roa entre la multitud de poetas que, á despecho de las Musas, quisieron cantarle, entonó la siguiente oda sublime:

. . . . . .
«Mi labio te saluda,
Vástago insigne del glorioso tronco
Que brota en las Helvéticas montañas,
Y á cuya sombra paternal se allegan
Vasto imperio á formar tribus extrañas.
Ilustre descendiente
De la casa que ha visto en su recinto
Cómo al genio y valor del primer Conde
Con creces corresponde
El genio y el valor de Carlos Quinto.

Varón entre varones educado
Por la piedad y ciencia en unión blanda
Para lograr la dicha del que manda,
Que es la dicha y amor de sus Estados.

. . . . . .

«Dios, que abate ó encumbra
En su justicia á reyes y naciones,
A Méjico destina los que pierde
El Véneto infeliz, preciados dones.

. . . . . .

Descendiente de pueblos esforzados
De su desdicha el nuestro en el abismo
Sus horizontes contempló cerrados,
Vigor de salvación no halló en sí mismo.

. . . . . .

«Trajo tu nave el rumbo
Que el inmortal Colón trazara un día
Y siguió de Cortés la hueste hispana,
Breve en número y grande en osadía.
La ciencia y honda fe del Almirante,
La decisión del vencedor de Otumba,
La sed de gloria de Isabel Primera
Y el ánimo sereno
De Cuauhtemoc, de que, de asombro lleno,
Su triunfante adversario fué testigo,
En concierto feliz vienen contigo.

. . . . . .

«¡Noble fiesta de paz, en que las manos,

Depuestos los puñales fratricidas,
Del nuevo trono al pie, tienen asidas
Jurándote su fe, los Mejicanos!
Ni siervos ni tiranos
Serán de hoy más, ni en torpe violencia
Ha de gemir con grillos la conciencia.
Volverás su esplendor á los altares,
Su mengua y confusión á la malicia,
Grata seguridad á los hogares,
Su vigor á las leyes tutelares
Y su inflexible acero á la justicia.

. . . . . .

«¡Dulce mitad del Príncipe gallardo
Que de mi patria los destinos salva:
Estrella que en Oriente
A un pueblo anuncias de su dicha el alba:
Bálsamo para él contra la injusta
Herida que el dolor dejó en su seno:
Iris tras el relámpago y el trueno,
Angel humano, Emperatriz augusta!
De Méjico las hijas dan alfombra
De mirtos y azucenas á tu planta.

. . . . . .

«¡Alza la regia frente,
Oh virgen de los lagos cuya bruma
A tus formas da velo transparente!
Tenoxtitlán, amor de Moctezuma,
Que trocaste en palacios tus cabañas
La joya para ser de las Españas
Y hoy primera ciudad del Continente. . . . . .
«Junta brisas y flores, junta aromas,

Ricos metales, sazonado fruto,
Y ofrécelos al pie del nuevo trono
De tu cariño y tu lealtad tributo.....
Pon en la diestra al Príncipe adorado
Que el Austria no sin lágrimas nos cede,
El pendón de tus ínclitos mayores;.....
Si el pueblo y Dios ayúdanle, bien puede
Presto inspirar, en gloria sin segundo,
Orgullo á la nación, respeto al mundo.»

Para saborear, como se debe, esta hermosa composición, es preciso no limitarse á los versos que he citado, sino leerla, una y más veces, desde el principio hasta el fin. Otras poesías escribiría más correctas, más tiernas, más conmovedoras; pero no de carácter más levantado. Tiene rasgos parecidos á los del divino Herrera en la *Batalla de Lepanto.* No sólo sentía cuanto cantaba, sino que era el eco de la sociedad mejicana. ¡Así fué el desengaño que no tardó en desvanecer sus risueñas ilusiones! Cuando, presa del crónico desaliento que lo aquejó hasta su muerte, hizo una nueva edición de esta Oda, la hizo preceder de las siguientes palabras:

«El lector será bastante discreto para no darle otra significación que la de una estampa fotográfica del espejismo político de cuyo desvanecimiento se habla en *La Noche de Querétaro.* Subsista aquélla como documento auténtico de lo que *las ranas del estanque mejicano* esperábamos y nos prometimos del adventicio régimen.»

Nuestros adversarios políticos han admirado esta oda más quizá que los correligionarios y amigos de Roa. Frías y Soto, el año de 1895, la elogiaba con tal entusiasmo, que pensé cederle hoy la palabra por completo. Por lo menos citaré dos párrafos de su benévola crítica:

«En esa oda se dibuja el verdadero partido conservador de antaño, digno en su intransigencia, el que no capitula con sus creencias religiosas en transacciones con el poeta imperial, el que no prostituye su conciencia arrastrándose por un empleo á los pies de la República vencedora. Aquel partido tuvo una hora infausta de fascinación: creyó que sólo la Europa monárquica con sus poderosos ejércitos traería á Méjico paz y orden, sentando aquí un trono de cimientos inquebrantables que aplastara la anarquía que extinguía la vida social.....

«Y se realizó el ensueño conservador, y sostenido por las bayonetas francesas se proclamó emperador de Méjico á Maximiliano. Entre una multitud asombrada, entre lluvias de flores y coronas que arrojaban las damas de las clases acomodadas; con todo el esplendor, en fin, que pudo forjarse con el dinero suplido por la caja del ejército francés, el Príncipe y Carlota hicieron su aparatosa entrada á la Capital, saludados por los cañones de Napoleón III, los repiques del clero, y los poetas del partido imperialista.....

«¡Qué versos tan hermosos escribió entonces el

Sr. Roa Bárcena, y qué bien diluyó en ellos las aspiraciones de su alma fascinada y los delirios de su partido, embriagado por un triunfo que nunca creyó alcanzar.»

Con verdadero deleite cito estas frases de un caballeroso adversario, y confieso que mis propios encomios palidecen ante un testimonio tan brillante.

VIII

DE la primera época de Roa Bárcena, sólo nos quedan por examinar las *Poesías religiosas*.

«¿Para qué estas divisiones (exclama á este propósito el escritor que acabamos de citar), si todas sus poesías son cristianas, si en todas se revela el pensador, y aun en las descriptivas, entre las frondas cuyos rumores repite, entre las flores cuyos aromas pulveriza, y sobre los lagos cuyos cristales riza con su voz inspirada, relampaguean de cuando en cuando las adormidas pasiones del político y del partidario?»

Es verdad; y ya lo hice notar al hablar de *Diana*. Pero hay grupos especiales de poesías más ó menos cortas, esencialmente religiosas, que contienen plegarias, himnos de alabanza, aspiraciones del alma piadosa; y de éstas vamos á tratar.